

cho lo mejor que pudo, sobre sus piernas temblorosas, los carreteros de las granjas, que volvían de bañar sus caballos, se paraban para mirar, y sus carcajadas sacudían todo el camino. Al principio cortado, y lleno de vergüenza al cabo, Robín se puso á dar de empujones al viejo, que más atemorizado con esto, lo arrastraba en sus resbalones. Las risas aumentaron. Entonces el peón caminero soltó al borracho y éste, dando tumbos y á tientas como un ciego, cayó sobre las rodillas, sobre las manos, y se desplomó al fin cuan largo era en un montón de lodo acumulado junto á la pared.

— Es abominable, exclamó Ricardo, indignado por la estúpida alegría de aquellos patanes. Elisa, engañada por su ira, creyó deber manifestar su horror por la embriaguez, sobre todo en los ancianos. Él la encontró necia y la Sra. de Fénigan, conociendo la debilidad de su hijo por los vagabundos y especialmente por aquél, se apresuró á intervenir.

— Mirad, hijos míos ; qué milagro ! Allí viene el abate Ceres con una sotana nueva...

— ¿ Es ése el vicario de la Pequeña Capilla ? preguntó Elisa.

— Sí, un excelente hombre... pero soy del parecer de nuestro querido cura ; le falta apa-

riencia, respetabilidad eclesiástica. ¿ Comprenden Vds. que haya recogido en su casa á todos los Lucriot, esta familia de ladrones, la abuela, las dos hijas, mientras que el padre estaba en la cárcel de Melún ?

Ricardo se volvió bruscamente :

— Sin ese sacerdote, madre, dijo, cuando Lucriot volvió de Melún después de su absolución libre....

Pero se paró, mirando al camino, donde aumentaba el tumulto.

El abate Ceres no tenía solamente una sotana nueva ; su ancho sombrero, sus zapatos de hebillas salían también á luz por primera vez. Y, orgulloso de ir á ver á sus pobres en traje de gala, el buen hombre pensaba : « de seguro que no van á conocerme, » cuando la gritería lo paró. Ricardo no podía oír desde su ventana lo que el sacerdote decía al anciano mendigo cubierto de lodo y suciedad, ahogado en una cloaca inmundada ; sólo comprendió que el abate, después de un llamamiento inútil á la gente que le rodeaba, se inclinó sobre aquel paquete de andrajos repugnantes, lo vió levantar y llevárselo cogido del brazo sin preocuparse de los burlones ni de su hermosa sotana. Mientras se ocultaban detrás de la curva del camino, Elisa dijo riendo.

— Bonito va á estar el cura dentro de un rato.

— Con tal que no lo lleve á su casa...

— Ahora que me haces pensar en ello, exclamó Ricardo..., tengo un rincón donde meter á ese pobre viejo.

— No vas á traerlo aquí... gritó la madre; pero ya él no podía oírla pues estaba lejos.

Volvió tarde. Esperábanlo para ponerse á la mesa. Era una comida de doce cubiertos, como se daban con frecuencia en la quinta de Uzelles en obsequio de la prima y á la que asistían el antiguo personal de los domingos, el notario, sucesor del Sr. Fénigan, el propietario de la pequeña Capilla, y Juan Delerús, juez en el tribunal de Corbeil, hombre pequeño y de maneras sin finura que, ansiando siempre un matrimonio rico, daba vueltas en torno de Elisa, enseñando dientes de lobo, separados y brillantes entre sus patillas de pelo negro. Pero aquella noche la primita no estaba de humor alegre ni muy coqueta. La indiferencia de Ricardo, después de la escena de la víspera, lo que había sabido del anciano mendigo, llamado mucho tiempo « el pobre de Lidia », habían sido motivo para abundantes reflexiones poco tranquilizadoras, demasiado profundas para aquel cerebro de migajón de pan.

— ¿Qué ha sido de tu amigo, del anciano

mendigo? preguntó al sentarse al lado de Ricardo, agresiva y dispuesta á la pelea, con los brazos y los hombros surgiendo de gasa rosada que le sentaba á las mil maravillas. Él contestó que su amigo dormía en una pequeña choza á orillas del río, donde Chuchín ponía los remos y las redes.

— ¿Á orillas del Sena? Pues va á tener fresco.

— No, porque he hecho instalar un hornillo de calefacción. Esta idea la hizo reír mucho.

« Ni inteligencia ni corazón », pensó él sin ocurrírsele que en aquella risa de chicuela había mucho despecho. ¡ Qué diferencia con su mujer, tan caritativa para los pobres, que se lamentaba de no poder darles limosna cuando salían en coche, irritándose contra el cochero y los caballos, que acusaba de no querer pararse ó de hacerlo siempre muy tarde, cuando el mendigo estaba lejos de su alcance! También la conocían los pobres vagabundos, que al pasar cerca del coche nunca miraban ni tendían la mano. ¡ Oh, Ricardo tenía aún en los oídos el acento de Lidia para decir esas cosas, y lo percibía debajo de la risa burlona de la prima!

— Me hace gracia la idea de verte instalando al tío Jorge con su hornillo. ¿Cómo te dió las gracias?

— Con dos besos en las mejillas, murmuró el juez de Corbeil.

— ¡Qué horror! exclamó Elisa con un grito de espanto que toda la mesa en coro repitió. Delcrús, contento de poder referir su anécdota, siguió diciendo.

— Á mí no fué un simple mendigo, sino un asesino, un condenado á muerte el que se empeñó cierta vez en abrazarme por fuerza.

— Pero eso no es posible, Ricardo, dijo la madre con ridícula indignación... ¿Hasta ese punto te ha vuelto la cabeza el evangelio del abate Ceres?

Ricardo se callaba. El juez aprovechó ese silencio:

— Era al principio de mi carrera en un rincón del mundo llamado Suk-Ahras.

— Suk-Ahras, frontera de Túnez, excelente terreno para el esparto, interrumpió una voz.

— Mi querido Sr. Merivet, añadió el magistrado, se sabe V. perfectamente la geografía de Argelia. Llegaba, pues, á Suk-Ahras como juez de paz que hacía veces de fiscal de la República. Llevaba media hora en el país cuando me instalé al caer de la tarde en el piso bajo de mi predecesor, en su cama de hierro y en sus sillas medio deshechas; mi mozo de servicio vino á buscarme de parte del condenado... ¿Qué condenado?.. Pueden ustedes imaginarse la cara

que puse al saber que había en la cárcel un desdichado á quien se disponían á guillotinar en la mañana del día siguiente; mis funciones de juez de paz en un territorio civil me obligaban á acompañarlo hasta las gradas del cadalso. ¡Cuidado con la suerte de llegar allí la víspera!... En la prisión hallé una especie de bestia feroz, de Malta ó de Mahón, negro, velludo, de gruesos labios, que me mira con sus ojuelos amarillos, afectuoso y tonto, prorrumpo en llanto y con un acento de vaca española (1), me suplica que me deje dar un beso. El miserable hedía como un león. Viendo que no tenía nada más importante que decirme, me fui á la cama, para descansar de mis dos noches de carreta. Á las tres de la mañana mi criado me despertó: « *la didu, musié suse de pé* ». — ¿Qué hay, pregunté sobresaltado? — El condenado á muerte deseaba hablarme otra vez... Cuidado si el maldito abusaba. ¿Pero cómo negarse cuando el hombre iba á morir? Toda la cárcel estaba en pie. « No tenemos capellán, me dijo el director excusándose, quizás el condenado desea hacer alguna revelación. » Lleváronme á su celda y hétele que al verme empieza otra vez á

(1) En francés dicen: *parler français comme une vache espagnole* para significar que se le habla muy mal. Esta locución procede probablemente de *comme un basque espagnol* (un vascongado).

suspirar y sollozar. « Ah, Sr. Delcrús... señor Delcrús... » Tuve que dejarme besar otra vez, porque lo único que deseaba era rozar sus gruesos labios contra mi mejilla, que inundaba de lágrimas. « Ah, señor Delcrús, un miserable tan grande como yo... » Al ir al cadalso, al bajar de la carreta que yo seguía á caballo con los gendarmes, reclamó de nuevo el mismo favor burlesco, que hube de concederle. Habría podido creer en una mistificación de no ser tan trágico el momento y de no haberme revelado los autos del proceso el motivo de aquella salvaje simpatía. El ajusticiado se llamaba Juan Delcrús, lo mismo que yo, aunque él era de Mahón y yo de Cahors.

Una voz de mujer preguntó :

— ¿Qué crimen había cometido su condenado, si puede saberse?

— Sí, señora; le cortó la cabeza á su querida, que lo engañaba.

— Y decir, murmuró Napoleón Merivet, que si en vez de la querida es su mujer legítima, lo absuelven... sin embargo, el mismo crimen, y más cobarde, porque sabe que no lo castigarán.

— Para esto interviene con mucha condura el divorcio, dijo la voz de bajo aperogrullado del notario. El pequeño Napoleón hizo un gesto, que

puso en peligro la magnífica carne asada que acercaba un criado á la mesa.

— Sí, háblenos V. de esa legislación del divorcio, de esa ley tan decente... ¿ Qué buenos efectos ha tenido?

— Pues el de suprimir una costumbre bárbara y librar al marido, sin efusión de sangre, de la mujer que le deshonra.

— ¡ Como si el marido que engañan y que mata pensara en su deshonra!.. Mata por rabia celosa, por decepción de orgullo y de amor, á veces por miedo al ridículo, dificultad de su situación, y también porque algunos falsos moralistas le han inspirado el asesinato. ¿ Y á V. le parece que el divorcio puede impedir eso?... ¿ Se imagina V. á Otelo mandando papel sellado á Desdémona?

Delcrús, que deseaba halagar á Elisa, invocó el recuerdo de algunas existencias de mujeres para quienes la nueva ley era una bendición. Pero el vejete de Merivet no quería admitirlo. Según su parecer, el divorcio era el fin del matrimonio. — Sí, señora... y nada más, repetía volviéndose hacia la Sra. de Fénigan, que protestaba... Antes, cuando se sabía que el lazo duraba toda la vida, se arreglaban los cónyuges lo mejor posible, como para un largo viaje; hacíanse concesiones y pe-

queños sacrificios á las manías de su compañero de camino. Uno se callaba y el otro se contenía un poco. Hoy, desde la primera dificultad, el casar se declara incompatible. Todo se deshace al más ligero contratiempo. Ya no hay indulgencia ni paciencia. Hasta en los casamientos por amor, los jóvenes se dicen : si las cosas no van bien, tengo la puerta abierta.

— Sin embargo, cuando una pobre criatura como... como.....

Elisa quería decir « como yo », pero la sofocaban las lágrimas; bebióse uno detrás de otro varios vasos de agua para sofocar su emoción. Después de un instante de silencio y malestar en que todos esperaban que hablase, Merivet se dirigió á la madre de Ricardo, para tratar la cuestión impersonalmente :

— Á la pobre criatura que no hallara en el matrimonio la dicha ni el amor, le aconsejaría yo lo siguiente. En vez de divorciar, que piense en mi pequeña iglesia, en la humilde capilla, sin eura, cuyo campanario está lleno de grietas y en cuya techumbre hacen las palomas sus nidos. Que entre allí el tiempo de decir un padre nuestro, una sencilla oración de resignación y abnegación... Todo el secreto de la felicidad consiste en esto.

La inocente manía del vejete era conocida por toda la comarca ; así es que hubo un cambio general de miradas y sonrisas en torno de la mesa, con lo cual terminó la comida más alegremente de lo que había empezado.

Al día siguiente, habiéndose secado los caminos hasta el bosque, Ricardo y Elisa salieron como de costumbre. En el momento de atravesar el pequeño Sénard, donde estrechos caminos cubiertos de encinas se cruzan en medio de antiguas canteras abandonadas, que es lo que llaman *uzelles*, y hoy invadidas por las cerrajas, por los helechos, con agua de lluvia en el fondo para que vayan á beber los conejos y faisanes, Elisa propuso un descanso de algunos minutos.

Apenas atadas sus cabalgaduras en los enrejados de hierro que rodean la caza reservada de los de Alcántara, sentáronse juntos sobre el musgo en aquel laberinto de cañadas y de malezas.

— Tengo que hacerte una pregunta, Ricardo, le dijo su prima mirándole de frente; tu respuesta influirá en mi vida. Así es que la deseo franca y terminante. ¿ Qué te parece Delcrús ?... ¿ Crees que puede ser un buen marido ?

¡ Era tan distinto de lo que Ricardo esperaba! Vaciló, estuvo mucho tiempo para hallar una pa-

labra, y aun su primera frase fué una tontería.

— ¿Para ti ese marido?

— Sí, para mí. Me aburro de vivir sola. Siempre parezco muy alegre; pues bien, bastantes veces río sin tener ganas de hacerlo.

La malicia de su naricita, de su boca de niña burlona, desmentía la melancolía del cantar; pero el acento era tan sincero, que le devolvió la simpatía de su primo. ¡Cuántas complicaciones en el ser más sencillo! Si ella le hubiera dicho: « ¿me quieres? ¿puedo esperar que divorciarás para casarte conmigo? » su contestación estaba pronta: « No te amo y no quiero volver á casarme... » Y sin embargo, le costaba trabajo aconsejarle que se casara con otro.

— ¿Honrado Delcrús? Creo que sí... pero tan ambicioso... tan poco tierno... Me parece verle hace dos años, cuando hizo condenar al asesino de las Meitlottes. Ese día se frotaba las manos diciendo: « al fin la conseguí esa cabeza, » y tenía en la boca como una espuma de placer.

— Me das espanto, dijo Elisa con evidente satisfacción por esa pintura antipática, en que se adivinaban celos. Pero, como si quisiera defenderse, Ricardo añadió vivamente:

— No creo sin embargo que te hiciera desdichada... Sin embargo...

Y se paró, ansioso, incierto. El silencio profundo del bosque en torno suyo, silencio formado de susurros y cuchicheos, de chirridos de insectos debajo del musgo y de zumbidos en las cimas luminosas de los árboles, se parecía al mutismo de sus labios, que se estremecían llenos de declaraciones. ¿Por qué le parecía su prima tan apetitosa aquel día con su amazona azul turquí que la envolvía marcando sus formas redondeadas, hasta la línea rosada clara del cuello?... Pobre Caperuzilla Encarnada en las garras de aquel gato barbudo... Ricardo se levantó de pronto y, con la voz temblorosa, le dijo:

— Antes de contestarle, espera dos días.

Ella pensó: « Era tan sencillo contestar en seguida, » y se puso en pie á su vez, poco á poco, con mucha lentitud.

Sus caballos, lanzados á rienda suelta, seguían esta vez el camino diagonal que cruza el bosque en el sentido de la anchura y atraviesa zonas forestales variadas, semilleros de pinos, de álamos, de abedules, de encinas, calvas de carboneros, donde en medio de la dispersa humareda se distinguen chozas de hierbas y barro apisonado, rodeadas de gallinas, de niños, de montones de leña cortada y puesta en fila, de haces de ramas secas amontonados en las carretas. Así galopaban desde hacía

media hora sin hablar una palabra, en alas de sus ensueños, cuando al final de una larga alameda de hayas, espesa y alta, que formaba arcos, vieron un descanso de cazadores de estilo Luis XV, con su pórtico de medio punto y sus grandes ventanas, delante del que se hallaba un grupo de guardabosques á caballo, con sus casacas azules adornadas de pasamanería color de plata claro, como esperando la carroza de la Pompadour.

— Son los halconeros, dijo Ricardo á Elisa, que se paró por curiosidad.

¡ Cuántos recuerdos desoladores despertaba en su espíritu aquel antiguo refugio donde, en los días de apertura se sentaba Lidia junto al general y duque, preciosa y llena de orgullo, en la tienda que sentaban frente al portón !.... Los guardabosques se apartaron con respeto delante de un brioso jinete, militarmente ceñido con una casaca gris hasta la barba, que se dirigía hacia el camino de la diagonal. Ricardo se estremeció, estupefacto al ver rejuvenecido y á caballo al enfermo que creía clavado en su sillón de Granburgo, y que pasaba cerca de él sin verle pues sólo tenía ojos para Elisa.

— ¿ Quién es ese señor? preguntó ella. Pero no había tenido tiempo de contestar, cuando otro jinete, mucho más joven que el primero, en uni-

forme de dragón, se apartó del grupo de los guardias, lanzándose al galope detrás del general. ¡ Aquel fino bigote, aquellos rizos leonados debajo del morrión! Fénigan contuvo un grito de sorpresa y de rabia. ¡ Carlos! . . era Carlos!... en los dragones... ¿ Y entonces Lidia? ¿ Dónde la había dejado? ¿ Qué era de ella?... Sus oídos zumbaban, las hayas de la alameda le parecían agigantarse, y distinguía á Elisa, muy lejos, pequeña, haciendo gestos y diciendo frases que él no comprendía. Después, súbitamente, antes de que la muchacha pudiera explicarse este vértigo, vióle volver grupa y partir como un desalmado en persecución del padre y del hijo, que desaparecían en los lejos de la prolongada alameda. Alcanzóle en la Encina-Priora, donde Ricardo se había parado para interrogar á un carbonero que cargaba su mercancía y que desde lo alto de su carreta hacía resonar acompasada y fuerte su voz en la calva del bosque.

— De seguro es el príncipe... La prueba es que el domingo vino á cazar con el Indio y que dió á mi niño Guillermo dos francos por el ojeo..... Como está sirviendo en los dragones, el hijo de Foucart, el carretero de los muertos y el de Eugenio le darán más noticias que yo pues ambos sirven en el mismo escuadrón que el señorito.

— Gracias, dijo Ricardo, blanco como la leche. Y muy quedo añadió hablando con su prima : « Volvamos á casa ; no estoy bien. »

De allí á la quinta no pudo Elisa sacarle una palabra ; pero el pum, pum que tarareaba apenas explicaba su interior angustia. Elisa pensó : « He perdido el tiempo », y apenas de regreso se fué á su cuarto á esconder sus lágrimas, mientras Ricardo iba al huerto en busca de su madre.

Era la hora calmante en que las flores beben y se bañan después del gran calor del día. Al correr el agua á lo largo de los surcos, recibiendo la oblicua y tibia caricia del sol, los tallos se enderezaban, desperezándose voluptuosamente ; y los colores de los pétalos, aumentando á la vez que bajaba el día, ponían en relieve el antagonismo eterno entre la luz y sus matices. Nubes de mariposas surcaban el aire del jardín. El choque de las regaderas con los bordes de los estanques y alguna que otra orden del jardinero á sus ayudantes era lo único que turbaba la silenciosa actividad de aquella tarde, de frescura y suavidad encantadoras.

— ¿ Qué tienes ? preguntó la Sra. de Fénigan, viendo llegar á su hijo completamente trastornado á la estufa en que con el podador en la mano estaba ella limpiando algunos arbustos

exóticos. En vez de contestar, Ricardo interrogó :

— ¿ De modo que Carlejo está de regreso ?

— Hace dos meses que se halla en Melún, sirviendo como dragón... ¿ no lo sabías ?

— ¿ Y ella?... ¿ Dónde está ella?... ¿ Qué ha hecho de ella ?

— Lo que se hace con esas mujeres, contestó la madre cortando una rama con aspereza... Pagada la corrupción, se las manda á paseo.

Hablaba tan alto que los jardineros podían oír. Ricardo cerró la puerta vidriera y siguió diciendo con voz dura, que su madre no le conocía.

— Lidia no era una perdida, sino una víctima de tu tiranía, una prisionera que se evade, según decía en su última carta... Y además, no tienes derecho para insultar á la mujer que lleva nuestro nombre.

La mirada de la Sra. de Fénigan despidió relámpagos :

— Hace mucho tiempo que hubieras debido quitarle ese nombre, pues podías hacerlo.

— ¿ Querrías que divorcie?... para casarme con la prima... que se empavesa con señales de navío... eso no lo pienses, nunca... jamás...

— Sí, ya comprendo ; prefieres el catecismo del Padre Merivet... Pedir perdón á esa perdida por el ridículo que nos ha echado encima ; y,

después, instalarla, no en el Pabellón, sino en la casa principal, en la de tu madre,... para... que diera á luz.

Mas, apenas había pronunciado estas palabras cuando lamentó su ligereza al observar la súbita palidez de Ricardo y el temblor de sus labios. Tuvo entonces un arranque de ternura y abrió los brazos, que él rechazó brutalmente, con un gesto iracundo:

— ¿ Embarazada? pero si me has dicho que no podía!... ¿ Por qué mentiste? ¿ por qué me has mentido siempre al hablar de ella? ¿ le tenías odio?

— Sí, era el tormento y la afrenta de tu vida. Sí, la odiaba... Pero tranquilízate, el tono con que me hablas me servirá de lección. No volveremos á nombrarla. Ve á buscarla, cuídala, acepta como tuyo el bastardo cuando nazca. Le dan doscientos mil francos. No es mal negocio.

Herida en lo más profundo de su orgullo y de su pasión maternal, hacía como que seguía podando, y acentuaba cada palabra con un seco rechinar de sus tijeras. Pero Ricardo no la dejó seguir:

— Cuidado, madre.

Cogióla por las manos, volvióla con violencia hacia él, y desesperado por cuanto acababa de saber acereó sus convulsas facciones á aquel rostro

de vieja, parecido al suyo propio, y se abrió el pecho.

— El tormento de mi vida eres tú ¿ me oyes? tú y no ella... Desde mi infancia, que encerraste en un cuarto de enfermo, privándola de aire y de movimiento, tu egoísta amor me ha impedido tomar vuelo y hacerme un hombre. Para conservarme junto á ti me has tiranizado como tiranizaste á mi padre; has halagado mi pereza y mis vicios y me has hecho imposible toda carrera. Para que no me casara y no hubiera aquí más señorío que el tuyo, mandabas tus criadas á mi cama... ¡ Como si no hubiera yo visto todo!... Y esta pobre chica que has ido á buscar en Lorient, ¡ cuánto no has hecho por convertirla en mi querida, nada más que en mi querida, pues su marido vive aún y la Iglesia no admite el divorcio; pero tú pasas por todo antes que volver á encontrarte con la que tu despotismo ha echado de aquí y de la cual tuviste siempre celos... Ah, tu religión vale la pena; bueno es también el fariseo que dirige tu conciencia. Pero nada cambiará las cosas; quiero á mi mujer, ¿ me oyes?, la quiero y la perdono, porque soy culpable de no haberla defendido contra ti, contra tu perversidad... Lloro, llora, anda. Más llora ella que tú, sola y abandonada sin saberse dónde... ¡ Pero daré con ella!...

Más bien que continuar la existencia que arrastro lejos de ella, junto á ti, preferiría morir, romperme el corazón con eso, mira...

— Ricardo, hijo mío...

El quiso arrebatarse de las manos las tijeras de podar, pero más rápida y diestra, la madre las arrojó al fondo de la estufa, en un montón de plantas y flores marchitas.

VIII

— No, no puede V. figurarse lo que me cansa este llamamiento de todos los instantes á mi voluntad, para las cosas más sencillas, para enderezarme, para sentarme, para quitarme ó ponerme el sombrero; lo que en V. es un gesto automático, necesita en mí el esfuerzo, la leva de todas mis reservas... Salir de la cama por las mañanas, masticar cuando estoy en la mesa, acabar la frase que he tenido la desdicha de empezar, todo se convierte para mi infeliz esqueleto en un acto, en un tormento... Sentémonos, pues estoy sudando de haber venido hasta aquí apoyado en su brazo.

Esto se decía en Granburgo una tarde, en el terrado que cae al río. El maestro Juan, compasivo y resignado detrás de sus anteojos, pasea desde la hora del almuerzo, de un banco á otro, los lamentos del duque de Alcántara, procurando decirle